

*LO OTRO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL  
(ACONTECIMIENTO Y MULTIPLICIDAD)*

Javier Agüero<sup>1</sup>

Resumen/ Abstract

El siguiente artículo persigue reflexionar en torno a la práctica de la investigación social a partir de categorías derivadas de la filosofía contemporánea. En esta línea se abordará, en primer lugar y de modo más amplio, la cuestión del acontecimiento en algunos textos de Jacques Derrida. En un segundo momento, se hará una referencia general a la noción de multiplicidad en Gilles Deleuze. Finalmente, se dejarán circulando algunas consideraciones a modo de conclusión.

Palabras clave: Derrida, Deleuze, acontecimiento, multiplicidad, investigación social

*THE OTHER IN SOCIAL RESEARCH  
(EVENT AND MULTIPLICITY)*

*Abstract*

*The following article aims to reflect on the practice of social research from categories derived from contemporary philosophy. On this line, and in a broader manner, a first part will address the issue of the event in some texts of Jacques Derrida. In a second moment, we will work, generally, with the notion of multiplicity in Gilles Deleuze. Finally, some final reflections will be held.*

*Keywords: Derrida, Deleuze, event, multiplicity, social research.*

---

<sup>1</sup> Chileno, Universidad Católica del Maule. Correo electrónico jagueroag@gmail.com

A Fernando García,  
por aquella por primera señal.

### *Preguntar*

Pensemos en preguntar. Pensando que en la pregunta se encuentra siempre la posibilidad para tensionar lo que hemos entendido por protocolo, por líneas de acción toda vez que nos referimos, en este caso particular, a la investigación social. Podríamos, en esta perspectiva, comenzar por la reflexión heideggeriana sobre la pregunta que se aparece en el texto *La pregunta por la técnica*. En este trabajo Heidegger dirá que:

Preguntando de este modo damos testimonio de este estado de necesidad: que nosotros, con tanta técnica, aún no experimentamos lo esencial de la técnica (...) Cuanto más nos acerquemos al peligro, con mayor claridad empezarán a lucir los caminos que llevan a lo que salva, más intenso será nuestro preguntar. Porque el preguntar es la piedad del pensar (1994: 19).

Estar siempre dispuestos a la necesidad de la pregunta, siguiendo a Heidegger, es aceptar la incompletud de nuestro desempeño existencial, de nuestro ser en el mundo. Hay, siempre, en la pregunta una posibilidad para la emancipación de las certezas y una oportunidad extensiva para lo que hemos definido por pensamiento. Ciertamente lo anterior implica un riesgo, un “peligro” tal como lo señala Heidegger, no obstante, es en esta desestabilización de las certidumbres respecto de la realidad, que se juega una cierta apertura y descentramiento del pensamiento propiamente tal; hacia *lo otro*.

[...] introducir al otro en nuestra identidad es introducir la alteridad en lo idéntico a sí, es poner a lo Otro en el núcleo de lo Mismo, es hacer imposible la identidad de cualquier sujeto (un yo individual o colectivo) consigo mismo, es renunciar a la identidad de sí para pasar a la diferencia consigo (Rocha, 2010: 173)

Si asumimos a la investigación social en esta perspectiva, podríamos comprenderla como una zona susceptible a su propia dismantelación crítica. Solo en el preguntar se dan las condiciones de posibilidad para que emerja aquello que no se consideró en la formulación inicial de un diseño de investigación y que, una vez éste último en marcha, deberíamos ser sensibles a la venida del acontecimiento.

De esta manera, podemos sostener que cuando la investigación social se vuelve crítica respecto de sí misma, cuando se cuestiona y se hace preguntas (decimos “crítica” en el doble sentido, es decir el de crisis y el de discernir respecto de algo – del latín *criticus* y éste del griego *κριτικός*, “*kriticos*”: ‘capaz de discernir’<sup>2</sup>–), ella misma es sensible a lo que en la filosofía de Jacques Derrida se ha entendido como la estrategia de la deconstrucción<sup>3</sup>. Insistiremos en esto más adelante.

Entonces parece urgente preguntar: ¿hasta qué punto la investigación social puede verse enriquecida si se abre a lo imprevisible, a lo incalculable y a lo que no se anuncia? ¿Pueden las ciencias sociales, en su propósito de objetividad, volverse hacia una suerte de anti-objeto que alteraría su propia “naturaleza” dialéctica y metódica? ¿podríamos hablar de “ciencia” toda vez que nuestro mismo espacio de investigación se ve estremecido por aquello (*lo otro*) que tiende a tensionar el método y las planificaciones? Nos preguntamos finalmente si el investigador –sujeto activo que encarna la dimensión teórica de la investigación social en una práctica definida– ¿puede generar, acogiendo lo imprevisible, un desplazamiento hacia a un tipo de práctica investigativa que se organice en torno a un cierto tipo de descentramiento?

Habría que comenzar por despejar qué se entiende por acontecimiento, lo que de alguna forma indica partir por Jacques Derrida y la filosofía de la deconstrucción.

### *Deconstrucción y acontecimiento*

---

<sup>2</sup>Ver Diccionario Etimología de la lengua española, en <https://etimologia.wordpress.com/2007/09/04/critica/> Visitado el 15 abril de 2024.

<sup>3</sup> Por cierto que este trabajo, aunque tiene otro objetivo y reflexiona desde otras fuentes, no desestima en ningún caso el aporte e influencia sustantiva que otras miradas filosóficas han tenido en las ciencias sociales y sus prácticas. Y esto de manera muy significativa, produciendo giros también relevantes en la forma en que se ha desarrollado la investigación social en las últimas décadas. Pensamos, por ejemplo, en la fenomenología de Husserl, pero, sobre todo, en la hermenéutica de Paul Ricoeur y su impacto en las metodologías cualitativas, particularmente en las biográfico-narrativas. En esta dirección, en su escrito, *La acción considerada texto*, Ricoeur sostiene que las ciencias humanas (sociales) son hermenéuticas por dos motivos: “1) Su objeto revela algunos rasgos constitutivos como texto, y 2) [...] su metodología desarrolla la misma clase de procedimientos que los de la *Auslegung* (interpretación) o interpretación de textos” (Ricoeur, 1985: 47). En esta línea son muchos los textos en que Ricoeur manifiesta, desde su particular mirada filosófica, la centralidad de las ciencias sociales –y de la investigación social– en su trabajo. Solo por nombrar algunos: *Hermenéutica y acción* (1985); *Historia y narratividad* (1999); *Narratividad, fenomenología y hermenéutica* (2000); *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II* (2002); *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico* (2004), entre otros.

Para referirse al acontecimiento en la obra de Derrida e intentar una suerte de ulterior análisis sobre lo que éste podría implicar para la investigación social, será preciso, en este texto, proponer algunas pistas generales respecto de la palabra “deconstrucción”.

En primer lugar, y tal como el mismo Derrida lo señala en el texto *Carta a un amigo japonés* (1987), es probable que la primera vez que ocupara esa palabra fuera en el texto *De la gramatología* (1967)<sup>4</sup>, sin imaginar las repercusiones que ésta tendría para la filosofía del siglo XX. Con todo, es importante resaltar que Derrida en este momento de su trabajo apuntaba a una suerte de traducción y adaptación a su propia filosofía del concepto heideggeriano de *destruktion*<sup>5</sup>. Sin embargo, para el filósofo argelino esta palabra indicaba más bien la idea de aniquilación o demolición de una estructura preexistente, no resolviendo el problema al que en ese momento se enfrentaba y que, de hacerlo, podría dar inicio a la emergencia de una influyente corriente filosófica. En palabras de Derrida: “Pero, en francés, el término ‘destrucción’ implicaba demasiado visiblemente una aniquilación, una reducción negativa más próxima a la “demolición” nietzscheana, quizás, que a la interpretación heideggeriana o al tipo de lectura que yo proponía” (1987: 338).

Descartando entonces la *destruktion* heideggeriana, Derrida mismo descubre definiciones en diferentes diccionarios de la lengua francesa, las que define como “felices hallazgos” y que le permitirán encauzar su búsqueda. Citamos a continuación una de ellas que el filósofo encuentra en el diccionario *Cours de langue latine*: “Deconstruir: desensamblar las partes de un todo. Deconstruir una máquina para transportarla a otro lugar” (1987: 381). Hablamos entonces de la desmantelación de una estructura, no de su destrucción. Entre destruir y desensamblar se revela una distancia significativa. La apuesta derridiana en esta perspectiva se alejaba de Heidegger puesto que su interés no iba por destruir la estructura sino de movilizarla, de desplazarla hacia otras regiones significantes antes no reveladas por la preeminencia de su arquitectura más evidente. Es por esta razón que, según Derrida, y en el

---

<sup>4</sup> En términos generales, el proyecto derridiano en *De la gramatología* consistía en proponer una ciencia de la escritura que superara los análisis derivados de la ciencia del lenguaje. Esta última, para Derrida, implicaba una idealización del sentido implicado en la oralidad y el estrato expresivo. Este sentido estaría adherido a la escritura misma. En *De la gramatología* encontramos gran parte de los elementos que configurarán en adelante la crítica derridiana a la metafísica de la presencia.

<sup>5</sup> Recordamos que para Heidegger la palabra *destruktion* tenía por misión dar cuenta de los conceptos fundamentales de la metafísica occidental.

entendido que el pensamiento estructuralista era por ese entonces el dominante, la deconstrucción debe atender a dos consideraciones relevantes. La primera, es que ella es vinculable al estructuralismo, en otras palabras, existiría en la deconstrucción una “cierta atención a las estructuras” (1987: 389). Con esto entendemos que no hay posibilidad de dinamizar a las estructuras, hacerlas rendir y *hablar de otra manera* diferente de sí mismas, sino reconocemos la dimensión presente e histórica de la estructura nuevamente. Sólo en el asumir la estructura es que se presentan las condiciones de posibilidad para su desmantelación. Pero, por otro lado, la deconstrucción se reconoce como anti-estructuralista al mismo tiempo, ya que se trataría de “deshacer, descomponer, desedimentar las estructuras (todo tipo de estructuras, lingüísticas ‘logocéntricas’, ‘fonocéntricas’ (...) socio-institucionales políticos, culturales y, ante todo y sobre todo, filosóficas.)” (Derrida, 1987: 389-390).

La deconstrucción se entiende así como un pensamiento del *a la vez*, del *al mismo tiempo* o, tal como lo señala Derrida: “si yo tuviera que arriesgar, dios me guarde de esto, una sola definición de la deconstrucción, breve, elíptica, económica como una palabra de orden, diría sin frase: ‘más de una lengua’” (1988: 38).

No obstante, y más allá de estas posibles definiciones, el filósofo argelino nos dirá que cualquier intento por determinarla dentro de márgenes conceptuales rígidos es inmediatamente contradictorio con la deconstrucción misma. Más allá de decir lo que la deconstrucción *es*, mejor es intentar asumirla como lo que *no es*, es decir como aquello que escapa a cualquier definición esquemática y de punto fijo, derivándola de esta manera al espacio del pensamiento negativo.

Consideremos tres “cosas” que la deconstrucción no es. En primer lugar, Derrida señala que la deconstrucción no es un *análisis*. Y no lo sería porque no se trata de reducir la estructura a un puro principio explicativo primordial, el cual no sería descomponible. De hecho, este mismo problema sería “materia” de la deconstrucción, es decir intentar desmantelar la idea de análisis y de principio explicativo. En segundo lugar, la deconstrucción no es una *crítica*. En este sentido no busca emitir un juicio ni proponer alternativas de elección una vez que se despliega el análisis. La deconstrucción funciona más bien como un agente revelador de aquellas posibilidades escondidas tras el formato presente e histórico de la estructura,

intentando desplazarla más allá de su única exposición formal. Por último –y quizás esto es lo que más nos interesará cuando pensamos la investigación social– la deconstrucción no es un *método*, no podría, le es imposible serlo. Lo anterior, porque no puede ser sometida a protocolos técnicos y prefigurados que la definan o esquematicen dentro de pautas formales concebidas *a-priori*. Ella no podría ser sujeto de un diseño o de una planificación puesto que, y como veremos, todo lo que la deconstrucción misma puede movilizar es un cierto horizonte siempre acechado por la venida de lo que no es calculable, de lo que no pudo ser previsto, monitoreable. Hablamos del acontecimiento y, en cuanto tal, el acontecimiento siempre es único y singular, irreductible a una técnica y radicalmente fuera de cualquier construcción metodológica (Derrida, 1992: 89).

¿Qué relación puede tener todo lo hasta aquí expuesto con la investigación social? Nos preguntamos nuevamente ¿tiene la práctica de la investigación social la posibilidad de volverse hacia sí misma y procurar las condiciones para su propia desmantelación? En otras palabras ¿podemos seguir llamando investigación social a un tipo de práctica que –sin abandonar el diseño– se deje penetrar por lo no planificado? En resumidas cuentas ¿cuánto puede enriquecerse la investigación si asume precisamente aquello que tendería a alterarla y sacarla de sus márgenes preconcebidos, es decir el acontecimiento (*lo otro*)?

Nuevamente las preguntas son intensas y aparecen como condición para la dinamización de la estructura, en este caso, de la estructura de la investigación social.

Tomemos las palabras del propio Jacques Derrida: “Es preciso recordar que un acontecimiento supone la sorpresa, la exposición, lo inanticipable (...) Es evidente que, si hay acontecimiento, es necesario que nunca sea predicho, programado, ni siquiera verdaderamente decidido” (2001: 81). Como se ha sostenido, nada que pueda ser anunciado, premeditado y esperable tiene relación con el acontecimiento. Este irrumpe y conmociona. Es lo que no esperamos, lo que nunca pensamos que podría llegar a ocurrir, pero ocurre, desestimando en esta línea todo lo que puede ser programable.

Si pensamos a la investigación social en esta dirección, diríamos que ésta no se ha articulado nunca por fuera de lo que pueda ser gestionable. Hay, se cree, en esta práctica, una suerte de rigidización (más allá de toda consideración a los datos entendidos como hallazgos y que se

tabulan como variables no consideradas y que será necesario estudiar más adelante); una fuerte y original formulación objetiva que no le permite abrirse a lo inesperado o a aquello que excede la formalidad de una planificación<sup>6</sup>. No se trata simplemente de estar “abierto” a que los datos nos arrojen información que no teníamos considerada, o de agregar nuevas categorías, que vayan apareciendo, al análisis, sino más bien de cierta predisposición epistemológica que niega toda alteración de los objetivos trazados. Se aprecia entonces un rechazo a perder el control del objeto (fenómeno social) por parte del sujeto (investigador), transformando de esta manera en dogma el paradigma cartesiano.

Ahora bien, siempre en la línea del acontecimiento, Derrida sostendrá que: “Uno de los rasgos del acontecimiento es no solamente que viene como lo que es imprevisible, como aquello que viene a desgarrar el curso ordinario de la historia, sino que es también absolutamente singular” (2001: 89). Singular no quiere decir aquí lo contrario a lo plural, sino que se entiende como único e irrepetible. Diríamos que un acontecimiento es iterable o tiende a la iterabilidad<sup>7</sup>. Así, el acontecimiento es cada vez una única vez, aunque me suceda e impacte repetidamente, su condición principal es la de siempre desajustarse de la repetición; es siempre inédito y sin tiempo definido.

Se nos permite entonces pensar que el acontecimiento desbarata al tiempo, lo altera en términos de su cronología tradicional, obligándolo de alguna manera a acoger esta irrupción total. El acontecimiento no ocurre “en” la historia, sino que le ocurre “a” la historia; le pasa a ella y no en ella, perturbando siempre nuestras certezas respecto de la tradición y la secuencia investigativa. Este acontecimiento es lo que podemos llamar, también, *lo otro*, lo que supone lo alternativo.

Retomando lo que ha sido el tema principal de este artículo, diríamos que el acontecimiento no ocurre “en” la investigación social, sino que le ocurre “a” la investigación social. El punto

---

<sup>6</sup> Particularmente interesante resulta en las investigaciones de corte estadístico, los valores ausentes o *missings*. Son valores que aparecen y que escapan al control del investigador. De esta manera son rotulados con este nombre (*missings*) para dar cuenta que, aun habiendo aparecido, se dan por perdidos en orden a no debilitar la estructura de la investigación misma. Se podría generar todo un análisis de orden epistemológico en torno a este tipo de valores ausentes.

<sup>7</sup> Como lo sostiene Cristina de Peretti: “(...) la iterabilidad, mezcla de repetición y de *différance*, es siempre diferente; por eso, tiene lugar cada vez como única vez”. de Peretti, Cristina. “Herencias de Derrida”, en *Isegorías* n° 32, 2005, p. 126.

es que la investigación social y el investigador mismo deberían generar las condiciones para que el acontecimiento, valga la insistencia, acontezca y se despliegue sobre su práctica. Entonces ésta última estaría siempre susceptible a extenderse, a derivarse hacia nuevas rutas significativas que no habían sido consideradas previamente. Hablamos de que en asumir el acontecimiento como aquello que excede todo cálculo y planificación, se agrupan las posibilidades para una suerte de emancipación de la investigación social; al menos de un cierto tipo de investigación que pretende y batalla por salir de sus propios márgenes axiológicos.

Derrida señala en el texto *Firma, acontecimiento, contexto*, que “es necesario que sea retenida la singularidad absoluta de un acontecimiento” (1972: 391). Este *es necesario*, se presenta aquí como una exigencia y una responsabilidad. No se trata de retener esto o aquello, se trata de *retener la singularidad absoluta del acontecimiento*, es decir, asumir la enorme potencia que despliega toda vez que se instala en el curso de historias específicas y temporalidades, también, particulares. Historias y temporalidades que, en este caso, dicen relación con la investigación social, con sus implicancias y alcances, con sus limitaciones y márgenes. Traemos a colación la anterior cita de Derrida puesto que en su recorrido filosófico siempre hay implícita una ética; ética de la responsabilidad con aquello no constituido, *lo otro* que hemos mencionado y que no tiene forma y que excede por mucho la estructura, pero que sin embargo siempre está ahí, en un cierto borde presionando a la estructura misma para que revele lo que, por defecto de su propia composición, esconde y evita.

No hay deconstrucción en esta línea sino la asociamos, siempre, a una poderosa ética de la responsabilidad. En este caso, con la responsabilidad de acoger al acontecimiento como lo que no tiene (nunca tuvo) planificación.

Todo lo que hemos desarrollado hasta el momento implicaría, por cierto, un sujeto investigador que asuma tal responsabilidad sin por esto abdicar de su condición de científico. En ningún caso pensamos que la investigación social misma deba desaparecer en tanto práctica, por el contrario, es su valoración la que nos exige pensarla de otro modo y arriesgar lecturas que la alimenten, como lo intentamos en este texto, desde una reflexión filosófica.



Sería necesario entonces, exigirnos un descentramiento y una apertura hacia lo que siempre estará ahí sin estar nunca en el diseño, en las planificaciones o en los protocolos científicos.

### *Divergencia y descentramiento*

En *Diferencia y repetición*, Guilles Deleuze señala que es necesario siempre afirmar en cada eslabón del pensamiento (“series”) “la divergencia y el descentramiento” (1968: 79). Las claves que se derivan del pensamiento deleuziano son centrales cuando pretendemos insistir sobre la práctica de la investigación social ¿Qué significa afirmar la divergencia y el descentramiento? En primer lugar, se trata de hacer a la investigación y al investigador consciente de sí mismo, de su rol y de su práctica, de su injerencia y potencialidad transformadora ahí donde interviene. Se trataría, igualmente, de hacerse siempre reiteradas preguntas que insistan en expandir su propio oficio y resaltar desde esta inquietud permanente las posibilidades extensivas de la investigación social misma.

Descentramiento, en esta línea, no quiere decir más que volver siempre a la pregunta por lo que hacemos, cómo lo hacemos y, fundamentalmente, qué es lo que *no* hacemos cuando investigamos, dejando con este gesto la puerta abierta para la llegada de lo que no se planificó y quedó fuera de cualquier marco previo. En cada paso, en cada momento o fase de la investigación, se debiera asumir y estimular la reflexividad crítica.

Pero también Deleuze nos habla de divergencia, es decir de cierto *polemos* respecto de lo que pensamos y hacemos. Esto es muy relevante puesto que se propicia la articulación de un sujeto que entiende su propio hacer como imperfecto, falto, en deuda y siempre proclive a la mejora de su actividad. Diríamos, en palabras derridianas, que la investigación social debiera siempre quedar sensible a su perfectibilidad (1994)<sup>8</sup>. Esto nos permite no cerrarla, no considerarla terminada ni menos fijada; por el contrario, hay en todo polemizar con lo que hacemos una apertura permanente, una fuga en la estructura que nos permitirá dinamizarla, ponerla en movimiento. Cuando decimos estructura en esta perspectiva decimos, igualmente, investigación social.

---

<sup>8</sup> La noción de perfectibilidad Derrida la trabaja, principalmente, en relación a la democracia y a su promesa de perfección permanente. Para profundizar ver Derrida, J. (1994). “A democracia é uma promessa”. En *Jornal de Letras, Artes e Ideias*. Lisboa.

Lo anterior, además de atenuar el exceso de empirismo y volver a la investigación social autorreflexiva, permitiría la emergencia de elementos alternativos y consustanciales que conviven escondidos tras la preeminencia de la estructura y su formalidad, es decir, la emergencia de lo múltiple. Deleuze y Guattari nos señalan lo siguiente en relación a esta noción:

“Lo múltiple hay que hacerlo, pero no sumando constantemente una dimensión superior, sino, por el contrario, de la forma más simple, a fuerza de sobriedad, al nivel de las dimensiones con las que se cuenta, siempre  $n-1$  (sólo así, sustrayéndolo, lo Uno forma parte de lo múltiple). Sustraer lo único de la multiplicidad a constituir: escribir a  $n-1$ . Este tipo de sistema podría denominarse rizoma” (1980: 13).

La importancia de esta idea de multiplicidad deleuziana radica precisamente en la exigencia de reconocer la multiplicidad en la realidad dada, es decir no artificial ni construida *a-priori*. Lo múltiple es múltiple no precisamente por su exceso numérico ni menos obedece a la proliferación ilimitada de elementos. Al contrario, lo múltiple siempre está ahí, no hay necesidad de comprometerlo con un número puesto que él mismo es diferencia. En otras palabras, por más que la unicidad de la estructura nos insista en validar siempre lo *Uno*, ella misma ya es múltiple en su propia constitución, y está conformada por la multiplicidad de la multiplicidad. La tarea, entonces, es estar atentos a esta consideración de lo múltiple como una exigencia y una responsabilidad del pensamiento.

Si aceptamos lo anterior, la investigación social debiera, igualmente, reconocer esta composición múltiple de los fenómenos o realidades que aborda. A partir de una práctica también *hacia sí* que insista en el descentramiento, lo que debiera ocurrir al mismo tiempo es la constatación de esta multiplicidad.

Ahora bien, decimos constatación no en el sentido de contrastabilidad, sino como una suerte de principio fundamental que movilice sustantivamente el *corpus* investigativo. En otras palabras, debemos asumir la existencia de lo múltiple sin siquiera saber en qué se traducirá esa multiplicidad. Esto como axioma central desplegado a lo largo de todo el proceso de

investigación; lo múltiple debe estar ahí, sin más, lo acogemos como toda la realidad posible, entonces el fenómeno que investigamos se nos revelará siempre extensivo y polivalente.

### *Nota final*

Lo que se ha desarrollado en este texto –y las categorías filosóficas de las que nos hemos servido para tensionar la práctica de la investigación social– no nos permitiría concluir. La idea misma de conclusión es contradictoria con la de acontecimiento y descentramiento. Más bien, y esto igual para la investigación, la idea es dejar circulando algunas consideraciones finales que expresen por sí mismas la necesidad de volver sobre este tema una y otra vez redescubriendo nuevas rutas de abordaje.

Lo primero, es que pensamos que un tipo de investigación que sea consciente de sí misma, auto-polémica, generará condiciones para un descentramiento crítico que aumente sus alcances y posibilidades. Esto implicaría en el plano práctico, por ejemplo, relativizar la predominancia de la hipótesis y más bien desestimar la centralidad que adquiere en el diseño previo y en el transcurso de toda la investigación social. Apostamos por un concepto que, con la ayuda del psicoanálisis, podría tener sentido en esta línea. Hablamos del término *pulsión de hipótesis*, esto es, que la hipótesis misma esté sujeta a su propia alteración durante el recorrido investigativo. No se trata de la destrucción de la hipótesis (así como tampoco *destruktion* era la palabra que Derrida buscaba cuando apuntaba a la palabra deconstrucción), sino de relativizarla según las exigencias de los contextos que definan la práctica. Esto implicaría que la hipótesis esté siempre llana a su desmantelación, a la transformación venida desde la periferia de los diseños; al acontecimiento no premeditado ni considerado dentro de lo planificado.

No son pocos los casos de investigadoras/es que, obsesionados por comprobar su hipótesis inicial, esquematizan a tal punto el proceso que éste no tiene más que ajustarse a las exigencias de la comprobación. El riesgo de sesgo es un riesgo adherido a la investigación, qué duda cabe, sin embargo, bajo la lógica persecutoria de la comprobación de las hipótesis originales se cierra al paso a todo lo que podría ser una contribución excéntrica a la investigación misma, creando artefactos probados que no pueden más que ratificar la idea inicial del investigador.

En segundo lugar, se piensa que la investigación social debe asumir, como principio fundamental, lo múltiple que habita sin evidenciarse tras la puesta en escena del fenómeno. En esta dirección, se cree que los estudios meramente descriptivos respecto de una realidad específica no dan cuenta de esa multiplicidad diseminada tras los rasgos más evidentes del fenómeno propiamente tal, descansando en la tranquilidad de los relatos caracterológicos sin asumir la responsabilidad de desentrañar lo múltiple que habita escondido tras la fachada.

Este es un asunto ético y de compromiso con el conocimiento y la producción teórica. Nada puede estar más en falta, nada puede quedar más en deuda, que la pura descripción desagregada de las características evidentes de una realidad particular. Investigación social sí, siempre, pero responsable de sus propios efectos y reconociendo a lo múltiple como horizonte ético.

Finalmente, quisiéramos insistir en la importancia de los contextos donde la investigación social se lleva a cabo. Los contextos no son determinables desde fuera o desde la mirada que el investigador tenga sobre ellos antes de ingresar, precisamente, a estos contextos. Los contextos no podrían ser entendidos como significaciones de punto fijo que se determinan a partir de hipótesis iniciales, por más armadas y contundentes que nos parezcan. Los contextos hablan por sí mismos desde la profundidad de su propia constitución. El investigador, por preparado que esté, no tiene el privilegio cognitivo de abreviar la naturaleza de un contexto social en una hipótesis que pretenda alimentar, a la larga, a toda la estructura investigativa. Se debe escuchar al fenómeno, darle voz, palabra, y evitar tanto como se pueda cualquier interpretación que lo explique sin asumir la condición siempre resignificativa de los contextos.

La práctica de la investigación social, pensamos, siempre tiene una posibilidad para su perfeccionamiento constante, pero requiere, a nuestro juicio, ser sistemáticamente una pregunta respecto de sí misma.

### *Referencias Bibliográficas*

Deleuze, G. (1968). *Différence et répétition*, Paris, PUF.

Deleuze, G. & Guattari, F. (1980). « Mille Plateaux » (*Capitalisme et schizofrénie*). Paris, éditions de Minuit.

Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. Paris, éditions de Minuit.

Derrida, J. (1972). « Signature, événement, contexte ». En *Marges de la philosophie*, Paris, éditions de Minuit.

Derrida, J. (1987). « Lettre à un ami japonais ». En *Psyché. Invention de l'autre*, Paris, Galilée.

Derrida, J. (1988). *Mémoires pour Paul de Man*. Paris, Galilée.

Derrida, J. (1992). *Points de suspension*. Paris, Galilée.

Derrida, J. (1994). “A democracia é uma promessa”. En *Jornal de Letras, Artes e Ideias*. Lisboa.

Derrida, J. (2001). « Une certaine possibilité impossible de dire l'événement ». En *Dire l'événement, est-ce possible ?* Budapest, l'Harmattan.

De Peretti, C. (2005). “Herencias de Derrida”. En *Isegorías* n° 32.

Heidegger, M. (1994). “La pregunta por la técnica”. En *Conferencias y artículos*. Barcelona, Serbal.

Ricoeur, P. (1985). *Hermenéutica y acción*. Buenos Aires: Docencia.

Rocha, D. (2010). “Europa o la cuestión del cap (cabo)”. En Nájera, E. & Pérez-Herranz, F. M. (Eds.) *La filosofía y la identidad europea*. Valencia, Pre-Textos.

### **Links:**

Revista de la Academia/ISSN 0719-6318  
Número 37/ Otoño2024

*Lo otro en la investigación social*

Diccionario Etimología de la lengua española, en:  
<https://etimologia.wordpress.com/2007/09/04/critica/>